
Obra en un acto

Voz sin sombra

Esther Seligson

Poeta, dramaturga, narradora, traductora, Esther Seligson es una de nuestras autoras más sutiles y destacadas. Libros como La morada del tiempo, Hebras o Isomorfismos son fundamentales en la literatura mexicana actual. En esta pequeña obra teatral la poeta retoma la figura de Ifigenia, la hija de Agamenón sacrificada para apaciguar la ira de los dioses.

Para Antonio Vera Crestani

*pues no es enteramente
desdichado el que puede
contarse a sí mismo su
propia historia.*

María Zambrano, El hombre y lo divino

El escenario estará iluminado durante todo el monólogo con luz definitivamente crepuscular, de modo que el espectador no sepa a ciencia cierta si Ifigenia es sombra o realidad viva.

Al fondo del escenario, ya sea telón o proyección, se vislumbrará la silueta de un bosque no tupido en exceso pues deberán verse definidos los árboles.

Hacia el frente, desde los laterales, se insinúa el borde de un acantilado a cuyo límite vendrá a sentarse Ifigenia casi metamorfoseada en una suerte de mendigo andrógino.

Una luz incierta, más bien turbia, distinta a la anterior, sale de ambos lados del proscenio. Ifigenia no está dentro de esa luz, sino en el centro del escenario.

Durante toda la representación se escuchará el ruido de fondo del mar abierto estrellándose bajo el acantilado.

La atmósfera tiene que dar la sensación de que no se sabe desde cuánto tiempo atrás esta escena se repite como si fuese una película que se regresa de nuevo en cuanto termina la última palabra del monólogo que se diría sólo Ifigenia

siente inédito, pese a que todo a su alrededor lo desmiente, empezando por su aspecto harapiento.

No hay telón. La escena está lista, incluido el trasfondo del mar, cuando el público entra a la sala.

Sale Ifigenia del bosque y se acerca a la orilla del acantilado. Empieza a hablar de frente al supuesto mar pero al mismo tiempo como que busca ya la mejor manera de acomodarse en el suelo hasta el momento en que se sienta definitivamente según indicaciones.

IFIGENIA: Aquí estoy de nuevo... Siento como si todos mis muertos hubiesen finalmente terminado por morir, aunque el dolor, el profundo dolor, persiste. No sé qué espero y si espera se puede llamar a esta fatiga de estar que atenaza la boca del estómago con su ardor suave, imperceptible pero preciso, una turbulencia que se hubiese aquietado sin callar su necio giro primario, el resuello. No sé si me siento a mí misma o a otra que quisiera desprezarse por debajo de la vieja piel que ha caído, serpiente seca, sombra de muchas sombras fenecidas... Quisiera que todo terminara por callar en mí, a empezar por la sangre que me provoca sed, tanta sed de tonalidades verdes, muchos verdes; y después las pisadas, sí, unos pasos como de viento mojado que me corren en los oídos y en

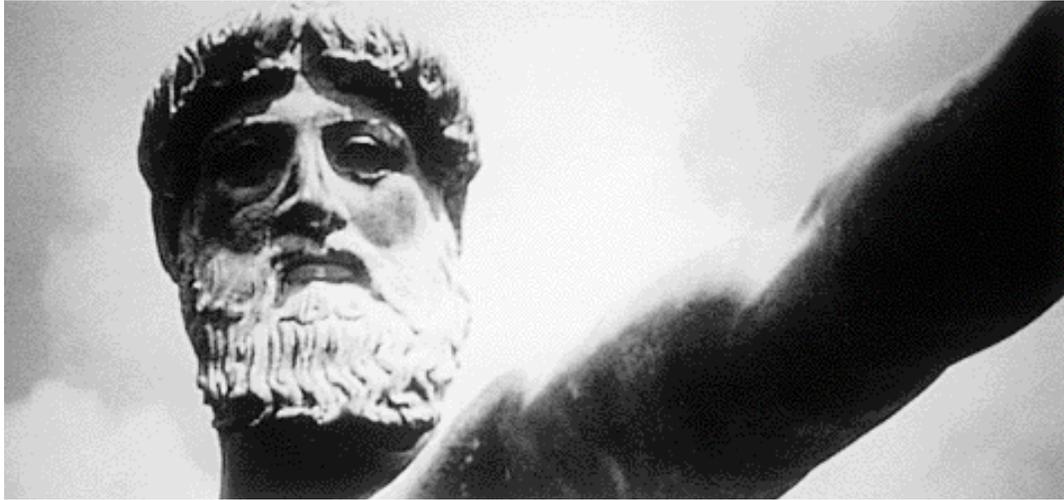
las sienes, se diría gotas que han perdido su fuerza y su grosor antes de caer cansadas al igual que mi cansancio, caer y golpear en sordina un suelo de pajas... (*Se reacomoda y sienta para empezar realmente el ritual de "estar ahí"*).

Aquí estoy, sentada, quieta, y sin embargo me tambaleo, crujen los huesos como madera herida por un sol a plomo o ramas de tamarisco barridas por el huracán, pero todo esto es lento, en sordina, insisto, apenas humano, apenas diurno, una burbuja, nubarrón espeso, ceniciento, un balanceo de barcas varadas, sopor veraniego... (*Respira hondo. Se tapa la cara. Retira las manos*)... Abro los ojos y es como si se me deshilachara el horizonte en copos de nieve, y ni ánimo para extender las manos y frotar los párpados, que se desvanezcan los grumos, lentejuelas pinchadas de luz, relumbre de fuego fatuo. Somnoleo acunada por el silencio de las voces muertas, su dulzón resabio, oleoso desfallecimiento de los músculos, oscilación de girasoles mientras el sol los encadila... Vacía de esperas yo misma oscilo en el sueño corda desmadejada en brazos incorpóreos, invisible urdimbre donde me tejo a mí misma como un despeñarse de cascadas inconclusas... Siento en la nuca el cosquilleo de un pestañear constante, trémulo: es la tristeza. Y no sé si quiero o no defenderme de ella, soltar los cabellos y cubrirla. Si pudiera pensar que soy otra, sería más fácil, pero el propio temblorcillo me cobija, me arropa en su soledad. Tampoco sé de qué, súbita, querría pedir perdón ni a quién, ¿o sí?, ¿a las sombras?, ¿acaso ellas sí estaban hechas para la felicidad?... Confundo. Me confundo en los entretelones de la vigilia y el sueño. ¿Qué fue de la belleza y el resplandor de los cuerpos? Por lo pronto sólo esta resaca de tristeza feroz. Y no tengo antorcha con qué alumbrarle el camino a las sombras, aún no les pertenezco, delgado hálito de vida, delgado pero vivo, y es esa delgadez la que me aparta de ellas, pues por mucho que ande ya hilándome el sudario, aún respiro; por mucho que cruce los días como un despeñamiento, aún anhelo; por mucho que cargue la piel colmada de lejanía, aquí estoy, yo, Ifigenia, la resurgida de su propia tiniebla, atándome con collares de palabras los tobillos, las muñecas, la cintura, las orejas... Fermento de hospitalidad trenzo mis palabras para ellas, mis amadas sombras, incienso cautivo en los rescoldos de la frase, su ritmo resbala en el oleaje del Tiempo, eterna espiral coloquio de ausencias, deambulo ausente a mi propia voz bebiéndome los minutos en una exasperante avidez sin diálogo posible... Alejamiento, me alejo sin apartarme, sin desviarme de este lado de la orilla, de cualquiera de las orillas de un camino que no va a ninguna parte, bruma matutina sobre las aguas estancadas a la espera de que el mediodía las despeje, o evapore, tardío despertar... (*Tiembla como si la recorriera un frío súbito*)...

No tengo ningún Dios con quien luchar a mi lado pues todas las batallas están perdidas de antemano, huér-

fana de anhelos de victoria o corona de laureles, he renunciado a cualquier frenesí guerrero. No me contemplo tampoco en ningún espejo, rostro en vilo voy a contracorriente entre escombros de voces, trepadoras locuaces que piden cuenta, expiación por tanta inocencia sacrificada y tanto altar profanado en las ignominias de la guerra. Y nadie quiere hacerse responsable por esas sangres derramadas que huyen entre la hojarasca igual como escaparon veloces de este bosque los pies divinos que me han encerrado sacerdotisa al servicio de Su memoria para memoria de los mortales. Yo, Ifigenia, la sustituida por la cierva, la que ningún texto avisa cómo finalmente murió, eternizada entre sombras, sombra yo misma en el Limbo, ni viva ni muerta, hablo para desahogar mis soledades aunque sólo el viento escuche, y los árboles, en este lugar consagrado tan inhóspito como el mar que rompe en el precipicio hartado de tanto golpear la roca muda... (*Calla pensativa. El mar se escucha algo bravo*)... El mar... Me detengo en el atardecer todos los días a contemplar cómo su Nada inmensa se va hundiendo en las tinieblas, sombra entre sombras cada vez más densas, al igual que yo, hasta que todo se confunde en una oscuridad sin nombre: ni mar ni cielo ni noche... Nunca elevo los ojos para mirar las estrellas, y cuando la Diosa Luna se muestra me interno en lo más profundo del bosque para no ver cómo platea las aguas con sus galas de marfil y percibir el deseo de compañía gotearme piel adentro, ciclamen medroso, tenaz no obstante en su osadía de asomar la corola entre los pedruscos de este peñón arisco. Huyo de la Luna durante su plenilunio, y huiría igual del sol si no fuera porque he de procurarme el sustento recogiendo frutillas, hongos y otras vituallas que la generosidad del bosque me otorga. E igual preciso de leña, agua, resina para ofrendar en el ara de Artemisa, la Diosa que me consagró sacerdotisa, mi funesta bienhechora. Y no hay escapatoria posible pues Ella lo decidió así cuando mi padre acribilló a uno de sus ciervos sagrados y aun se enorgullecó, entonces Ella decretó que yo lo sustituyera y luego a mi vez fui tocada por otra cierva y traída aquí, sombra de una sombra, ni muerta ni viva, cosida a la tristeza y a la soledad, sin diálogo, sin presente ni futuro, vacío mi cuerpo, vacío mi corazón, y, vacías, al vacío van a perderse mis voces, mi voz sin sombra... No existe ni existirá tumba para recordarme. Dijeron que un viento divino me llevó. Dijeron tantas cosas, tantos ojos que miraron y ninguno vio nada, de hecho, apenas al cervatillo en mi lugar y ya inmolado mientras una luz cegadora se abrasaba a mí... (*Cierra los brazos sobre sí misma y hunde la barbilla en el pecho. Así, recogida, permanece un minuto. El mar se escucha bronco. Luego, ella se reacomoda. Suspira*)...

Soy una barca encallada entre los arrecifes, haga lo que haga, el sol, el agua, el viento terminarán por convertir en ceniza esta vida suspendida del vacío esperando



lo que no llegará, pues sé de cierto que no llegará, tal vez por eso mismo es tan intensa la espera, y desesperada, espera caduca, móvil como una lagartija que se mimetiza, no petrificada, no, justamente, movable y variada según el objeto sobre el cual se monte, es decir del cual se posee, pues sí, sí, de hecho estoy poseída por la Nada de esta espera inútil, hostil, acechante, turbia... Aquí, segregada de todo y de todos, una Princesa hija de reyes cuyo padre sacrificó en aras de la guerra, muerte por muerte, cuchillo por cuchillo, sombra contra sombra, soy un túmulo vacío vaciándome día con día de luz, de esperanza, de vida, una vida que no termina por terminar de escurrirse pese a los intentos por deshazarla de mis venas... Casi me atravesaría a afirmar que la propia Diosa es quien la detiene y coagula igual al vano impulso de arrojarme contra los farallones escabrosos. Anclada estoy, mi propia lápida soy, piedra de sepultura sin nombre, sin fecha de nacimiento, sin origen, ignorada por padres y hermanos, huérfana, virgen estéril mancillada por miles de ojos ávidos, sedientos de la sangre que nunca fluyó, ni fluiría de mi cuerpo para satisfacción de la Diosa humillada en su divina vanidad... La detesto, y Ella lo sabe, por haberme otorgado una gracia no pedida, singularizado en un convite donde soy la única agasajada, espectro en eterno soliloquio hambriento de contacto humano... Se diría que a mis piernas les han brotado raíces, a mis brazos ramas, mis cabellos están erizados de diminutas astas, y temo cada mañana encontrarme de pie sobre pezuñas, bramando... De la blanca túnica ha tiempo que no queda hilo, de vástagos flexibles he retejido mi rala vestimenta y yazgo entre la hojarasca en una cueva como cualquier animalillo... ¿De qué tendría que estarle agradecida a mi aborrecible Señora?... (*Mira a su alrededor*)...

Lúcida estoy y discierno. Mi historia ni siquiera es asunto de seducción celestial, de rapto, de retar al Des-

tino, de rebelión trágica, de castigo por *hybris* o transgresión: inocente soy, estúpidamente libre de culpa alguna, víctima de un capricho olímpico y una inconsecuencia paterna... Mi padre, héroe mendaz, falso progenitor investido de rangos y razones de Estado, despiadado y carente de amor salvo por su honor... Ay funesta condición la mía, antes y ahora, que es como decir siempre, a no ser por el breve lapso de mi niñez tan mimada y feliz... Quién habría de decirme entonces que entre su dulzura y la Nada el tránsito iba a ser instantáneo y brutal, tajante como la hoja del cuchillo que no profanó mi garganta, como el relámpago que me arrojó a este promontorio infestado de resacas marinas, excrementos y cáncamo... Si al menos pudiese ser arrebatada por un viento de locura y perder la conciencia de mí misma, transformarme en un insecto ponzoñoso o en un reptil, que hasta ellos se apartan de mí... Pájaro ni aspiro siquiera pues volar lejos de aquí es lo que Ella no permite, la gran perra cazadora, Artemisa, la gran puta virgen... Ni desvariar logro, insensata de mí, atada mi congoja a la espera de nada, inocente, ni de recuerdos consigo ya arrojarme el vacío del alma... (*Hace ademán de estar recordando con gran esfuerzo*)... La fugaz presencia de Aquiles con su petulante solicitud, más bien voluntaria de vengarse de Agamenón, que de hacer causa común con mi desventura... La no menos pretenciosa majestad abatida de mi madre la reina y su inútil litigio a favor de mi vida... De los fragantes días de juegos infantiles no me resta sino un tufil cada vez más rancio. De las caricias y reyertas entre mis hermanos y yo, menos que un vaho. Del discurso con que mis lágrimas y palabras quisieron conmover el corazón del padre, no perdura en mi garganta eco alguno... ¿Y de qué me habría servido retenerlo si de tan poca ayuda fue en su momento?... Ay, que no fuera yo la raptada por Paris, o por el propio Aquiles... O, inclusive, por cualquier soldado raso de

los de la guardia de mi padre para no ser sacrificada, y haber concluido mis días como cualquier mujer anónima los concluye: cargada de hijos, envejecida, harta del trabajo doméstico y de desventuras conyugales, pero con su vida vivida de principio a fin, una vida utilizada, sólida. Yo, en cambio, aurora tras aurora me sobrevivo, huérfana, desmemoriada, ajándome sin tregua, descarnada, ¿quién osaría disputarle a la Diosa aborrecible esta presa maldita?... (*Se afloja, abatida*)... También mi enojo es pura pérdida, desesperación vana. Nadie me escucha. Todo me olvida. Invisible deambulo ceñida a un ritual invisible que mantengo por mantenerme a mí misma más que a los deberes sagrados para con la Diosa abominada de quien no he vuelto a tener atisbo alguno fuera de aquel brillo feroz en la mirada de Calcante el adivino cuando se aprestaba a inmolarme y que se tradujo en el relámpago que me secuestró... Desde entonces, ¿cuánto tiempo ha?, silencio y soledad, aunque silencio, no, no precisamente pues siento un como suspiro que me pesa, ininterrumpido, sutil cual una mano inmaterial, en los hombros y cuyos dedos quiméricos me cosquillean en la nuca su inexistencia... (*Vuelve a callar por un minuto mirando hacia el horizonte mientras se escucha el mar. Después empieza el párrafo final en el mismo tono y actitud que al inicio*)...

A nadie miro y nadie me mira. He terminado por no tener nostalgia alguna a fuerza de borrar las últimas imágenes, ésas que me trajeron aquí anulándome para siempre del mundo vivo, sombra ya, inaccesible a cualquier ser humano o divino, despojo, no sé más qué soy, animal asustadizo tan hecho ya a su bosque, a su pedrusco, a la muda sobrevivencia... De la muchacha Ifigenia no queda rastro, no queda nada salvo un aliento apretado a la piel, una piel que precoz se corrompe apretujada a un cúmulo de huesos que sólo ansían yacer secos, quebrados entre las raíces de estos árboles que tienen más vida y sustancia

que yo... ¿Yo? Yo que qué soy sino desabrigo puro, osquedad sin límite que el Tiempo va ahuecando más y más... Sólo me pregunto, ¿cuándo vendrá por fin a desaparecer dentro este impulso que me empuja a decir “yo”, a decir “siento”, a esperar, a hablar? ¿Es la Diosa abominable? ¿Es el aborrecimiento el que alimenta esa Nada en que me deshabeto día a día? No. No es... Fue él, el propio padre quien me convirtió en objeto invisible pues desde que llegué al campamento no puso nunca sus ojos en mí, desviaba la mirada y a duras penas me habló salvo para pedir que acompañara junto al altar los sacrificios propiciatorios. Así, el primero en traicionarme, en abandonarme a las sombras fue él. Él abrió en mí este hueco desterrado que soy, y este cosquilleo de pestañas que me aletea en la nuca es el cuchillo que él, mi padre, sostuvo sobre mi cabeza antes de tomarlo el adivino Calcante, antes de tomarme por los aires la Diosa... Todo fue tan nítido y súbito, tan claro e irreal... Allá quedó el cervatillo inocente en mi lugar, y aquí estoy yo disolviéndome, deformándome, ni animal ni vegetal ni piedra ni muchacha. En el canje, la Diosa me canceló, así, sencillamente, y después me desamparó, se olvidó de que existo... ¿Existo?... ¿Ifigenia existe?... (*Silencio*)... Aquí estoy, sentada, quieta, frente a la inmensa Nada del mar... Atardece una vez más, el cielo se raya de índigo y malva, gaviotas cruzan el horizonte donde el sol ha desaparecido ya hacia su nocturna morada y todo queda libre de su ardiente máscara, en la pura desnudez de la penumbra, del contorno que se irá desdibujando anegado de vacuidad, de ensoñación, hasta topar con lo que ya no es ni tiene adentro o afuera, disuelto, informe, sombra, todo innostrado al igual que yo, voz sin sombra...

(*La luz va disminuyendo mientras el ruido del mar sube hasta cubrir toda la sala y cesar con el oscuro total*). []

